

RECONOCIMIENTO

Vaya mi gratitud a las siguientes publicaciones, por haberme permitido reimprimir en este libro algunas de sus páginas: *Architectural Forum*, *Columbia University Forum*, *Harper's Magazine*, *The Reporter*.

Muchas fueron las personas que me ayudaron a escribir esta obra, voluntariamente o no, y a las que temo no poder expresar todo el reconocimiento y aprecio que les debo y siento. Me ha sido de particular utilidad la ayuda, información o crítica de las siguientes personas: Saul Alinsky, Norris C. Andrews, Edmund Bacon, June Blythe, John Decker Butzner, Jr., Henry Churchill, Grady Clay, William C. Crow, Vernon De Mars, Monsignor John J. Egan, Charles Farosley, Carl Feiss, Robert B. Filley, Mrs. Rosario Folino, Chadbourne Gilpatrick, Victor Gruen, Frank Havey, Goldie Hoffman, Frank Hotchkiss, Leticia Kent, William H. Kirk, Mr. y Mrs. George Kostitsky, Jay Landesman, Rev. Wilbur C. Leach, Glenn M. Leppner, Melvin F. Levine, Edward Logue, Ellen Lurie, Elizabeth Manson, Roger Porter, Ansel Robinson, James W. Rouse, Samuel A. Spiegel, Stanley B. Tankel, Jack Volkman, Robert C. Wienberg, Erik Wensberg, Henry Whitney, William H. Whyte, Jr., William Wilcox, Mildred Zucker, Bada Zwicker. Por supuesto, ninguna de estas personas es responsable de lo que yo he escrito; en honor a la verdad debo decir que algunas discrepancias, expuestas de buena fe, respecto de mi particular punto de vista, me han sido de una grande y generosa utilidad.

Expreso igualmente mi profundo reconocimiento a la Rockefeller Foundation, cuya asistencia financiera ha hecho posible mi investigación y la publicación de estas páginas, a la New School for Social Research por su hospitalidad, y a Douglas Haskell, director de *Architectural Forum*, por su estímulo y suave tolerancia. Y más que a nadie estoy agradecida a mi esposo, Robert H. Jacobs, Jr.; todavía es el momento en que no sé con certeza cuáles de las ideas apuntadas en este libro son mías y cuáles suyas.

JANE JACOBS

Este libro es un ataque contra las teorías más usuales sobre urbanización y reconstrucción de ciudades. También es, y muy principalmente, un intento de presentación de unos nuevos principios sobre urbanización y reconstrucción de ciudades, diferentes y aun opuestos a los que se vienen enseñando en todas las escuelas de arquitectura o se exponen en los suplementos dominicales de los periódicos y en las revistas femeninas. Mi ataque no se basa en sutilezas sobre los diferentes métodos de edificación ni en distinciones quisquillosas sobre las modas actuales o en proyecto. Es, más bien, un ataque contra los principios y objetivos o fines que modelan la moderna y ortodoxa planeación y reordenación de las ciudades.

Al exponer unos principios diferentes, me referiré esencialmente a cosas y temas perfectamente comunes y ordinarios. Por ejemplo, los tipos de calle seguros y los tipos de calle inseguros; la razón de que algunos parques urbanos sean tan maravillosos y otros vicetrampas y hasta trampas mortales; por qué ciertos barrios bajos siguen siendo los infectos barrios bajos de siempre y otros han conseguido regenerarse venciendo resistencias oficiales y hasta financieras; por qué se desplazan los «centros de ciudad» y las áreas comerciales; qué es una vecindad auténtica y cómo se puede levantar una verdadera vecindad en las grandes ciudades. En una palabra, me referiré siempre a cosas reales, a ciudades reales y a la vida real de las ciudades, pues sólo así conoceremos los principios de urbanización y prácticas de reordenación susceptibles de promover una efectiva promoción social y económica en las ciudades, y también aquellos otros principios y prácticas que alejarán o apagarán ese horizonte de promoción.

Existe un mito muy extendido y socorrido según el cual, si tuviéramos suficiente dinero disponible —normalmente, se adelanta la cifra de cien mil millones de dólares—, liquidaríamos en diez años todos nuestros barrios bajos, remozaríamos los grandes, tristes y grises cinturones que ayer y anteayer eran nuestros suburbios, ofreceríamos un asentamiento a las trotonas clases medias y a sus aleatorias obligaciones fiscales, y, inclusive, resolveríamos el problema del tráfico.

Echemos una ojeada a lo que hemos construido con los primeros miles de millones que tuvimos a nuestra disposición; los barrios de viviendas baratas se han convertido en los peores

centros de delincuencia, vandalismo y desesperanza social general, mucho pes que los viejos barrios bajos que intentábamos eliminar; proyectos de construcción de grupos de viviendas de renta me —auténticas maravillas de monotonía y regimentalización— llaron a cal y canto las perspectivas de una vida ciudadana de vitalidad y dinamismo; los barrios residenciales de , que teóricamente debían mitigar la sordidez de las ciudades, intentarlo al menos, son hoy escaparates de una insípida vanidad; y no habremos de los centros culturales, en los cuales es difícil encontrar una buena biblioteca; o los centros cívico-recreos, cuidadosamente evitados por todo el mundo a excepción de los vividores de rigor, esos que no tienen tantos remilgos como demás para escoger sus lugares de esparcimiento; amén de centros comerciales imitación sin lustre de los supermercados suburbanos y de todos esos paseos que no vienen de ningún sitio y no van a ninguna parte, pero que tampoco exhiben a ningún ser humano; y esas autopistas que destripan las grandes ciudades. Esto no es reordenar las ciudades. Esto es, simplemente, searlas.

Si esamos un poco por debajo de lo superficial, estas realizaciones nos parecerán aún más pobres que sus ya bien misérrimas mociones. Todos estos centros y barriadas rara vez son de alguna ayuda o alivio para las zonas urbanas a cuyo alrededor proliferan en teoría éste es su cometido. Lo que hacen es desarrollana gangrena galopante muy característica. Para albergar a gente de esta suerte, se aplican a la población una serie de ras discriminatorias o una etiqueta con su precio correspondiente; cada paquete segregado de populacho etiquetado y tarifado en creciente sospecha y rencor contra los paquetes circuntes. Cuando dos o más de esas islas hostiles se yuxtaponemos decir que el resultado es una «vecindad equilibrada»: centros comerciales monopolistas y esos otros centros cultos monumentales ocultan, bajo el artificio de las relaciones públicas, una verdadera sustracción de substancia comercial vital que antes constituía lo más familiar y normal en la vida de las ciudades.

Que semejantes prodigios pueden efectivamente realizarse lo demuestran todas esas gentes marcadas con los signos hexagonales de urbanistas, zarandeadas, expropiadas y desarraigadas como sobre ellas se hubiera abatido una potencia conquistadora. Los y miles de pequeños negocios son así destruidos y sus propietarios arruinados sin apenas compensación alguna. Comunidades enteras han quedado descuartizadas y recosidas después de talones de cualquier viento, dando lugar a una cosecha de desamor, resentimiento y desesperación que hay que verla y o para creerla. Un grupo de eclesiásticos de Chicago,

aterrorizados a la vista de los frutos de la reordenación planificada de la ciudad, preguntaron:

«¿Pensaba Job en Chicago cuando escribió:

Hay hombres que mudan las lindes de su vecino... echan los pobres a un lado, conspiran para oprimir al desvalido.

Cosechan campos que no son de ninguno de los suyos, quitan sin razón la viña a su propietario y la ordeñan hasta secarla...

Un clamor surge de las calles de la ciudad, donde los hombres yacen gimiendo...?»

Si así era, en efecto, también pensaba en Nueva York, Filadelfia, Boston, Washington, San Luis, San Francisco y muchas otras ciudades. Las motivaciones para la reordenación de una ciudad cualquiera son una pura burla. El aspecto económico de la reordenación de una ciudad no es visto básicamente como una inversión racional del dinero procedente de los impuestos (esto es lo que proclama la teoría de la renovación), sino también como una manipulación de los enormes subsidios forzosos exprimidos a los particulares, víctimas desamparadas de esta extorsión. Se dice también que, como resultado de esta «inversión», afluyen a las ciudades una remesa cada vez mayores de los impuestos así obtenidos; pero es un espejismo, una miserable mueca ante las sumas de dinero público —éstas sí que son cada vez mayores— necesarias para combatir la desintegración e inestabilidad que se abaten tan cruelmente sobre estas zarandeadas ciudades. Los medios arbitrados para reordenar las ciudades son tan deplorables como los fines.

Entretanto, todo el arte y ciencia de la urbanización de las ciudades es incapaz de evitar la decadencia — y la pérdida de vigor que precede a la decadencia — de otras muchas ciudades. Esta decadencia no puede imputarse, tampoco esto nos tranquilizaría, a la falta de oportunidades para aplicar el arte de la urbanización. Al parecer, importa poco que se aplique o no. Consideremos el área de Morningside Heights la ciudad de Nueva York. Según la teoría de la moderna urbanización, esta zona no debía tener el menor problema en absoluto, pues goza de abundantes y vastos espacios verdes, excelentes instalaciones escolares y de recreo y otros espacios abiertos. La hierba, es también, muy abundante. En conjunto, esta zona ocupa unos terrenos altos y agradables con magníficas panorámicas. Es un centro educativo con espléndidas instituciones: Columbia University, Union Theological Seminary, Juilliard School of Music y otra media docena de establecimientos docentes de eminente respetabilidad. Así mismo, hay iglesias y muy buenos hospitales. No existe ninguna industria en estos terrenos. Sus calles están señalizadas y marcadas, principalmente para prevenir usos incompatibles.

tibles» que eventualmente puedan perjudicar la buena conservación de unos apartamentos espaciosos y sólidamente contruidos para las clases altas.

Empero, ya en los primeros años de la década de los 50, Morningside Heights empezó a convertirse en un barrio bajo, casi insensiblemente; y en un barrio bajo de esos tan rudos y ariscos que los ciudadanos evitan siempre que pueden, hasta el punto que hizo entrar en crisis sus instituciones. Estas y los brazos urbanísticos del gobierno de la ciudad estudiaron el problema conjuntamente, aplicaron más intensamente la teoría de la urbanización, eliminaron la parte más envilecida de la zona y construyeron en su lugar unos grupos de renta media, un supermercado y una residencia, todo ello salpicado con aire, luz, sol y panoramas. Acontecimiento que fue saludado y celebrado como una insuperable demostración de salvamento de una ciudad.

Después de lo cual, Morningside Heights se precipitó aún más deprisa por la pendiente de la decadencia.

Este ejemplo no es falso ni irrelevante. Son precisamente las áreas mal urbanizadas las que están decayendo. A la luz de la teoría de la urbanización, resulta que este fenómeno se está produciendo en una ciudad tras otra. Un fenómeno menos observado, pero igualmente significativo, es que las áreas mal diseñadas de todas las ciudades se resisten a decaer; también este fenómeno es observable a la luz de la teoría de la urbanización.

Las ciudades son inmensos laboratorios de ensayo y error, fracaso y éxito, en todo lo referente a urbanización y diseño del habitat humano. La planeación racional de las ciudades tenía que haber utilizado este laboratorio para elaborar, conformar y verificar sus teorías y principios. En lugar de esto, los profesionales y maestros de la disciplina (si es que merecen llamarse así) han ignorado el estudio y examen de los éxitos y fracasos concretos y reales, han perdido de vista las razones que podían explicar un determinado éxito y se han dejado guiar por unos principios deducidos del comportamiento y apariencia de ciudades, suburbios y sanatorios antituberculosos vistos únicamente en sueños o en su fantástica y fabulosa imaginación; es decir, lo han hecho todo menos echar una ojeada sobre las ciudades de verdad.

Nada extraño, por consiguiente, que las partes reconstruidas de una urbe y las interminables prolongaciones que las asfixian, la reduzcan a ella y a sus campos circundantes a un puré monótono y carente de toda virtud nutritiva. Todo ello ha salido del mismo plato intelectual de *mush*. * Es como si nos presentaran siete platos iguales de puré para comer, un puré en el que las

* En EE. UU., *potsje espeso* o *pudding* que se hace cocinando harina de maíz en agua o leche (*Nota del Traductor*).

calidades, necesidades, ventajas y comportamientos de las grandes ciudades hubieran sido confundidas con las calidades, necesidades, ventajas y comportamientos de otros, y más inanimados, tipos de asentamiento.

Nada hay económica o socialmente inevitable en lo referente a la decadencia de las ciudades viejas o a la decadencia de nuevo cuño que sufren las nuevas e inurbanas urbanizaciones. Por el contrario, podemos asegurar que éste ha sido el aspecto de nuestra economía y de nuestra sociedad que más intencionadamente hemos manejado, durante todo un cuarto de siglo, para conseguir, finalmente, lo que ahora tenemos. Para alcanzar este grado de monotonía, esterilidad y vulgaridad ha sido necesario un extraordinario cupo de incentivos financieros gubernamentales. Tras varias décadas de predicación, escritos y exhortaciones a cargo de los expertos, nos hemos convencido, nosotros y nuestros legisladores, que un puré (*mush*) como éste es lo que nos conviene, siempre y cuando, naturalmente, venga guarnecido con hierba.

Es normal que se impute a los automóviles la responsabilidad de todos los males de las ciudades y de todas las dificultades y obstáculos que han de salvar los planes de urbanización. Pero los destructivos efectos de los automóviles son más un síntoma que una causa de nuestra incompetencia por lo que a la urbanización de las ciudades se refiere. Por supuesto que los planeadores, incluidos los diseñadores de las autopistas que —tienen a su disposición fabulosas sumas y enormes poderes—, son totalmente incapaces de hacer compatibles el coche y la ciudad a un mismo tiempo. Estos señores no saben qué hacer con los automóviles de las ciudades porque tampoco saben, en absoluto, cómo levantar una ciudad viable y con vida propia con o sin automóviles.

Las necesidades de los automóviles —bien simples— son más fácilmente aceptadas y satisfechas que las muy complejas necesidades de las ciudades; un número creciente de reordenadores y urbanizadores y proyectistas creen ahora que si consiguiesen al menos solucionar los problemas de tráfico habrían resuelto simultáneamente el problema más grave con que se enfrentan hoy las ciudades. Las ciudades tienen problemas económicos y sociales mucho más complejos que el del tráfico rodado. ¿Cómo es posible que alguien sepa lo que conviene hacer con el tráfico si no sabe, antes, lo que es una ciudad y lo que tiene que hacer con sus calles? Nadie lo sabe.

Es posible que nos hayamos convertido en un pueblo tan débil que ya ni nos preocupamos de saber como funcionan las cosas, y solamente prestamos atención a los diferentes tipos de impresiones, superficiales, fáciles y rápidas, que aquellas nos producen. En este supuesto, poca esperanza hay para nuestras

ciudades, o, quizá, para algo mucho más importante de nuestra sociedad. Mas, no creo que sea así.

En el caso concreto de la urbanización, es evidente que hay muchas personas, sinceras y honestas, que se preocupan profundamente por los problemas relativos a la construcción y a la restauración. A pesar de una cierta corrupción y de una considerable avaricia por apoderarse de la viña del vecino, las intenciones forman rancho aparte y son, en conjunto, ejemplares. Tanto los urbanizadores como los arquitectos y todas las personas relacionadas con los primeros de una u otra manera no adoptan una actitud conscientemente desdeñosa en relación con la importancia que evidentemente tiene el saber cómo son las cosas en realidad. Por el contrario, han tenido que sufrir verdaderas pruebas y acometer serios esfuerzos para aprender lo que han dicho los santones y sabios de la moderna y ortodoxa planeación urbana sobre cómo *deben ser* las ciudades y sobre lo que *debe convenir* a los humanos y a los negocios que las habitan. Se tomaron tan a pecho su trabajo que cuando toparon con una realidad intrusa, inoportuna y contradictoria, que amenazaba desmantelar su bien ganada sapiencia, tuvieron que encojerse de hombros y dejar de lado la realidad.

Veamos, por ejemplo, como reaccionaron los urbanistas ortodoxos ante el distrito North End, de Boston (por favor, recuerden el North End, porque haré frecuente referencia al mismo en este libro). North End es una zona de viviendas baratas incrustada en las instalaciones de la industria pesada situadas frente al mar; oficialmente se admite que es el peor barrio bajo de Boston y una vergüenza para la ciudad. Ostenta atributos considerados por todos los hombres ilustrados como perniciosos, pues así se lo han hecho saber los entendidos. North End no sólo está empujado en una zona industrial, sino que, y esto es todavía peor, tiene en su interior establecimientos de trabajo y de comercio diseminados en total confusión por entre las viviendas. Es la mayor concentración de viviendas de toda la ciudad de Boston, y una de las mayores de cualquier ciudad americana. Posee pocos parques. Los niños juegan en las calles. Lo más corriente son los bloques pequeños, en lugar de bloques grandes o relativamente grandes. En la jerga de los urbanistas está «totalmente despiezado por calles innecesarias derrochando espacios». Sus inmuebles son viejos. En principio, es perfectamente presumible que todo esté mal en North End. En términos de urbanismo ortodoxo es un manual tridimensional de *megapolis* en sus últimas fases de depravación». Por esto, North End constituye una especie de asignatura para los estudiantes de arquitectura y urbanismo del Instituto de Tecnología de Massachusetts o de Harvard; año tras año, los estudiantes (conducidos por sus profesores) acometen el ejercicio teórico de convertir North End en un conjunto de su-

perbloques y avenidas de parque, barriendo sus lacras poco conformes con las normas y transformándolo en un ideal de orden y gracia, tan sencillo y simple que pueda grabarse en la cabeza de un afiliter.

Hace veinte años tuve ocasión de ver por primera vez North End. Sus edificios —casas urbanas de diferentes tipos y tamaños convertidas en apartamentos de una planta, e inmuebles de cuatro o cinco pisos construidos para albergar la riada de inmigrantes primero de Irlanda, luego de Europa oriental y, finalmente de Sicilia— estaban terriblemente superpoblados; daba la impresión de ser un distrito ferozmente apaleado físicamente y, por su puesto, muy pobre, desesperadamente pobre.

Cuando vi de nuevo North End, en 1959, me quedé asombrada al comprobar el cambio. Infinidad de inmuebles habían sido restaurados. En lugar de empalmeados, las ventanas tenían celosías con reflejos de pintura fresca. Muchas de sus pequeñas y remozadas casas albergaban sólo una o dos familias y no tres o cuatro como años atrás. Cuando, un poco después, visité el interior de estas viviendas, supe que algunas familias se las habían arreglado para derribar los tabiques de separación entre dos pisos e instalar luego cuartos de baño, cocinas nuevas y demás. Eché un vistazo a una estrecha calleja, pensando encontrar allí aunque sólo fuera un trocito del viejo y achacoso North End; pero nada. O mejor, más paredes de ladrillo rebocado, ventanas nuevas y ráfagas de música cuando se abría una puerta. En verdad, era el único distrito de todos los que yo había visto en la ciudad —hasta aquel día— en el que la parte de los edificios que daba frente a las zonas de aparcamiento no había sido amputada quirúrgicamente; los muñones ofrecían un aspecto restaurado, como de recién pintado o como si los artifices de aquella obra hubiesen tenido en cuenta que la gente podía eventualmente mirarla. Totalmente mezclados con los inmuebles dedicados a viviendas podían verse infinidad de tiendas y talleres de tapicería, metalistería, carpintería, transformación de artículos alimenticios, etc. Las calles rebosaban vida con sus niños alborotando, mujeres de compras, tranquilos paseantes y corrillos de gente platicando. A buen seguro que hubiera visto personas sentadas a la puerta de las casas de no haber sido porque estábamos aún en pleno enero.

La atmósfera callejera, dinámica, amable y sana, era tan contagiosa que empecé a preguntar la dirección de personas imaginarias por el gusto de charlar un poco. En los dos últimos días había visitado gran parte de Boston, llevándome de todo ello una impresión de inquieta zozobra; era natural que aquel barrio, el más saludable de la ciudad, me reconfortase ampliamente. Lo que no podía siquiera imaginar era de dónde había salido el dinero para realizar aquella restauración, pues hoy en día es

prácticamente imposible conseguir un préstamo hipotecario como no sea en distritos de renta alta o imitación de barrios residenciales. Decidida a averiguarlo, entré en un bar-restaurant (donde un grupo de personas discutía animadamente de pesca) y llamé a un urbanista de Boston amigo mío.

«¿Pero se puede saber qué haces ahí abajo en el North End?» —dijo—. «Que de donde ha salido el dinero? Nadie ha invertido dinero ni trabajo en ese barrio; ni nadie piensa hacerlo. Es posible que más adelante, pero no ahora. ¡Pero si es un barrio miserable!»

«Pues a mí no me lo parece en absoluto», dije.

«Vamos, mujer, es el peor engendro de la ciudad. Tiene doscientas setenta y cinco unidades de vivienda por acre! Aún sintiéndolo, he de admitir, en efecto, que tenemos una cosa semejante en Boston, pero así es.»

«¿Puedes darme algunas cifras o datos sobre él?», pregunté.

«Por supuesto. Tiene gracia, pero presenta los índices más bajos de la ciudad de Boston en lo referente a delincuencia, enfermedad y mortalidad infantil. También tiene la ratio más baja de alquileres-ingresos de la ciudad. Vaya una ganga que tiene esa gente... Vamos a ver. La población infantil me huele que anda rondando el promedio de la ciudad. El índice de mortalidad es bajo, un 8,8 por mil; el promedio de la ciudad es del 11,2 por mil. La mortalidad por tuberculosis pulmonar es muy baja, menos de un uno por mil. ¿Tú entiendes eso? ¡Es inferior a la de Brookline! Hace años el North End acostumbraba a ser el lugar más propicio para la tuberculosis, pero todo ha cambiado. La gente del barrio debe ser muy fuerte. Evidentemente, es un barrio bajo insupportable.»

«Pues ya podéis tener unos cuantos igual», dije. «Y ahora no medigas que planeáis quitarlo de en medio. Os convendría venir por aquí para aprender unas cuantas cosas interesantes.»

«Sé lo que estás pensando», replicó. «Yo mismo bajo con frecuencia al barrio a dar una vuelta por las calles para respirar su maravillosa y alegre vitalidad.»

«Es curioso. El olfato le decía a mi amigo que el North End era un lugar excelente, y sus estadísticas se lo confirmaban. Mas, todo lo que había aprendido como urbanista, o sea sobre lo correcto en relación con los grupos de viviendas y las comunidades que los habitan, todo lo que hacía de él un experto en la materia le denunciaba que North End era un sitio deplorable.»

Mi amigo me envió a un destacado banquero de Boston —un hombre sólidamente instalado en la cúspide del edificio del poder— para que me informara sobre el origen del dinero. Efectivamente, el banquero me confirmó lo que ya había averiguado por mi cuenta preguntando a la gente del North End. El dinero no procedía de un gracioso gesto del gigantesco sistema bancario

americano que con el tiempo ha llegado a saber mucho sobre urbanización, o sea lo suficiente para conocer lo que es un barrio bajo, más o menos como los urbanistas. «Meter dinero en el North End. ¡Qué ocurrencia!» dijo el banquero. «Pero si es una pocilga! Aún van a parar allí algunos inmigrantes. Por si fuera poco, cuando la Depresión hubo allí infinidad de *foreclosures*;* un mal récord.» (Por cierto, también yo había oído hablar de esto y sabía cómo se las habían arreglado los habitantes de North End, posteriormente, para allegar fondos y recuperar algunos de los edificios afectados.)

Los préstamos hipotecarios más importantes hechos en este distrito (de unos quince mil habitantes aproximadamente) durante los veinticinco años transcurridos desde la Depresión, ascendían a sólo 3.000 dólares, según me dijo el banquero: «Y no crea usted que hicimos muchos, nada de eso.» También los hubo de 1.000 y 2.000 dólares. Esos trabajos de restauración habían sido financiados casi enteramente por el ahorro doméstico y el de los pequeños negocios del barrio; los residentes y muchos de sus familiares habían aportado, además, su esfuerzo personal y particulares habilidades profesionales.

Por entonces supe que a los de North End les sabía pero que muy mal su, digamos insolvencia para pedir créditos en orden a introducir mejoras en su distrito; suplementariamente, algunas personas del North End temían que no se pudiesen levantar edificios nuevos en el área, pues en caso de hacerlo los vecinos serían barridos de mala manera, destino éste cuyo escaso academicismo ya conocían por experiencia ajena (de esta manera había quedado destrozado completamente un distrito vecino, muy parecido socialmente aunque más espacioso, el West End). Estaban preocupados, en definitiva, porque sabían que con parches y remiendos no podían resistir mucho tiempo. «¿Hay alguna posibilidad de créditos para nuevas construcciones en el North End?» pregunté al banquero.

«¡No, en absoluto!», respondió impaciente por mi pesadez. «¡Es un barrio bajo!»

Los banqueros, al igual que los urbanistas, tienen sus propias teorías sobre las ciudades en que operan. Esas teorías las han bebido en las mismas fuentes en que sorben los urbanistas. Los banqueros y funcionarios administrativos del gobierno que respaldan hipotecas no son inventores de teorías urbanísticas, como tampoco —lo contrario sería realmente sorprendente— de ninguna doctrina económica coherente a propósito de las ciudades. Unos y otros son hoy personas ilustradas y han picoteado sus ideas de los idealistas de la última genera-

* Exclusión o privación judicial del derecho de redimir la casa hipotecada. (Nota del Traductor.)

ción. Como las teorías sobre urbanización planificada de ciudades no han recibido aportaciones de ideas nuevas desde hace más, bastante más, de una generación, los financieros, burócratas y urbanistas teorizadores andan menguados y empantanados en ideas y conceptos de época.

Para decirlo con toda llaneza, están todos ellos en el mismo estado de superstición y zurcido científico en que se encontraba la ciencia médica del siglo pasado; cuando los galenos creían a pies juntillas en las sangrías como método canónico para extirpar los malos humores, supuesta causa de las enfermedades. Empecinados en esto de la sangría, hubieron de transcurrir años antes de que se percatasen de qué venas y con qué métodos debían abrirse a la vista de unos determinados síntomas. Así se levantó una superestructura técnica tan complicada y tan mortíferamente detallista que aún hoy resulta plausible la literatura al respecto. No obstante, aún cuando se las sigue enredando con descripciones de la realidad que muy pocas veces tienen algo que ver con la realidad, las gentes no han perdido por completo —los casos afirmativos son raros— su capacidad de observación e independencia de criterio; por esta razón, y a pesar de su enorme y duradero influjo, la práctica de la sangría parece estar atemperada por una cierta dosis de sentido común. O, quizá, debamos decir que se vio atemperada después de alcanzar su más alto nivel técnico en Estados Unidos, la más joven de todas las naciones.

Las sanguijuelas hicieron furor aquí. Gozaron de un excelente introductor y defensor, el muy influyente Dr. Benjamín Rush, aún hoy reverenciado como el mayor y más grande de los médico-estadistas de nuestros periodos revolucionario y federal: un genio, así mismo, de la administración sanitaria. El Dr. Rush sabía Hacer las Cosas. Entre las muchas cosas que hizo algunas fueron buenas y útiles, como desarrollar, practicar, enseñar y extender la costumbre de la sangría en casos en que la prudencia y la piedad hubieran limitado su empleo. El Dr. Rush y sus alumnos extraían la sangre de quien se les pudiese a tiro, o sea todos los niños o ancianos, todos los moribundos y todos los que tenían la desgracia de caer enfermos dentro de su vasto dominio de influencia. Sus prácticas radicales levantaron una ola de horror y alarma entre los médicos sanguijuelistas de Europa. Empero, todavía en 1851, un comité investigador nombrado por la Cámara legislativa de Nueva York defendió solemnemente la muy viable práctica de la sangría. Este mismo comité ridiculizó y censuró severamente a otro médico, William Turner, quien había osado escribir un panfleto ridiculizando él también las doctrinas del Dr. Rush y considerando «la práctica de extraer sangre en las enfermedades contraria al sentido común, a la experiencia más general, a la razón lúcida y, evidentemente, a las

leyes de la divina Providencia». A las personas enfermas había que fortalecerlas, —dijo el Dr. Turner—, y no ordeñarlas; le hicieron callar.

Las analogías médicas, aplicadas a los organismos sociales, son susceptibles de alambicadas interpretaciones, y hay que tener mucho cuidado en no confundir la bioquímica de los mamíferos con lo que ocurre en una ciudad. Pero de lo que sí podemos hablar, porque hay una evidente relación de analogía, es de lo que sucede en los cerebros de las personas serias e instruidas que se enfrentan con complejos fenómenos que no entienden en absoluto, pero con los cuales intentan prefabricar una pseudociencia. Como en el caso de la pseudociencia de la sangría, así también en la pseudociencia de la restauración y urbanización de ciudades ha ocurrido que, sobre unos cimientos de solemnes tonterías, se ha levantado, tras largos años de sufrido aprendizaje, una plétora de sutiles y complicados dogmas. Los instrumentos técnicos se han ido perfeccionando constantemente. Simultáneamente, como era natural, unos hombres esforzados y capaces, administradores admirados y respetados, desarrollan sus glándulas tragaderas enguluyendo grandes cantidades de las primeras sofisterías y se equiparon con herramientas y el consenso público imprescindible en estos casos, de tal manera que, gracias a todo ello, pudieron pasar, bien confortados, a mayores y más destructivos excesos que la prudencia o la piedad podían, en su defecto, haber impedido. Las sangrías sólo podían curar por casualidad, o bien cuando no se practicaba según las reglas establecidas; luego, finalmente, se abandonó, prefiriéndose el duro y complejo negocio de reunir, aplicar y verificar, paso a paso, trozo a trozo, verdaderas descripciones de la realidad extraídas, no del cómo debían ser, sino del cómo son de verdad. La pseudociencia de la urbanización y su compañero, el arte de diseñar ciudades, no han conseguido, empero liberarse del espacioso confort de los deseos, supersticiones familiares, simplificaciones y símbolos, y tampoco se ha embarcado en la aventura de verificar el mundo real.

Así pues, nosotros comenzaremos este libro aventurándonos en el mundo real, por supuesto que de una forma muy limitada. A mi modo de ver, el camino que conduce al centro del aparentemente misterioso y perverso comportamiento de las ciudades es uno solo: observar atentamente, con las menos pre-expectativas posibles, las escenas más ordinarias, los acontecimientos más corrientes, e intentar averiguar después lo que significan y si entre ellos discurre algún vínculo que los coherencie. Esto es precisamente lo que intentaré hacer en la primera parte de este libro.

Se nos ofrece así un primer principio, omnipresente en tantas

y en tan complejas y diferentes formas, que no tendré más remedio que dedicarle la segunda parte de la obra; diré, de paso, qué constituye en realidad el fondo, el tejido o el meollo de mi argumento. Este principio omnipotente es que las ciudades necesitan una más densa e intrincada diversidad de usos que se sostengan y apoyen unos a otros, tanto económica como socialmente. Los elementos componentes de esta diversidad pueden diferir enormemente, pero han de completarse necesariamente de una manera determinada y concreta.

A mi juicio, las áreas urbanas desgraciadas y desafortunadas lo son porque carecen de esta particular especie de soporte mutuo; creo, igualmente, que la ciencia de la urbanización planificada de las ciudades y el arte de diseñarlas —en la vida real y para ciudades reales— se ha de convertir en la ciencia y el arte de catalizar y alimentar convenientemente esta densa red de interconexiones. Por las pruebas que he podido hallar, creo que se requieren cuatro condiciones elementales para toda diversidad útil a una gran ciudad; creo también que aplicando estas cuatro condiciones, consciente y deliberadamente, la urbanización puede procurar a las ciudades una auténtica vitalidad (algo que los planos de los urbanistas y los diseños de los proyectistas no pueden conseguir por sí solos). Como digo, la Parte Primera está dedicada principalmente al comportamiento social de los habitantes de las ciudades imprescindible para comprender lo que viene a continuación, o sea, la Parte Segunda dedicada preferentemente al comportamiento económico de las ciudades, donde expondré lo que a mi juicio constituye lo más importante de este libro.

Las ciudades son unos lugares de un dinamismo fantástico, como lo demuestran sus distritos, barrios o sectores que han conseguido desarrollarse con éxito. En estas áreas hay base suficiente para que miles y miles de personas forjen planes de una sorprendente fertilidad. En la Tercera Parte de este libro examinaré algunos aspectos relacionados con la decadencia y la generación de las aglomeraciones urbanas a la luz de una experiencia que nos indica cómo funcionan en realidad las ciudades y cómo se comportan sus habitantes en la vida real.

En la última parte del libro me permito sugerir cambios y modificaciones en el alojamiento, el tráfico, el diseño, la urbanización y las diferentes prácticas administrativas; finalmente, me propongo discutir sobre el tipo muy particular de problema que plantean las ciudades: un problema referido a cómo se ha de manejar una complejidad organizada.

La mirada sobre las cosas y la captación de su manera de funcionar son dos actividades inextricablemente unidas, sobre todo cuando se trata de ciudades. Pero las personas interesadas solamente en cómo deben ser, cómo deben parecer, y nada inte-

resadas en cómo son en verdad y en realidad quedarán ampliamente decepcionadas de este libro. Es completamente inútil planear una apariencia de ciudad (es decir, su aspecto exterior) o especular sobre la mejor manera de darle una apariencia de orden sin conocer antes su funcionamiento y orden reales. Limitarse a la simple apariencia de las cosas y considerar esa apariencia el propósito principal o el fondo del problema recunda en un perjuicio completo de lo que se quiere hacer.

En el East Harlem de Nueva York hay unos grupos de viviendas con un amplio y rectangular césped que pronto acaparó el odio más profundo de los vecinos. Un trabajador social que frecuentaba el grupo de viviendas se asombraba al observar que el tema del césped salía a relucir por cualquier motivo, normalmente sin el menor pretexto aparente, al menos así le parecía a él; su asombro aumentó al saber que los inquilinos despreciaban el espacio verde y urgían para que lo quitaran de en medio. Cuando el trabajador social preguntaba la razón de esta actitud la respuesta más normal era: «¿Para qué sirve?» O bien: «¿Quién lo necesita?» Por fin un inquilino más lúcido que los otros le dijo un día lo siguiente: «Cuando construyeron este lugar nadie se preocupó de lo que necesitábamos. Derribaron nuestras casas y nos metieron aquí; a nuestros amigos se los llevaron a otros lugares. Aquí no tenemos ningún sitio donde tomar una taza de café o leer el periódico o pedir prestados cincuenta centavos. Nadie se preocupaba de lo que nos hacía falta. Pero luego vino un tipo importante, echó un vistazo a la hierba y dijo: "Es maravilloso, ¿verdad? Ahora los pobres tienen de todo!"»

Este inquilino decía exactamente lo mismo que los moralistas han estado diciendo miles de años: «Bueno está lo bueno», y «No es oro todo lo que reluce.»

El vecino decía todavía algo más: «hay una cualidad más extendida aún que la descarada fealdad o el desorden, y esta cualidad es la deshonesta máscara de un supuesto orden conseguido por ignorancia o supresión del orden real, que se debate por existir y ser reconocido.»

Al intentar explicar el orden fundamental de las ciudades, acostumbro a referirme preferentemente a los ejemplos que proporciona la ciudad de Nueva York, porque es aquí donde yo vivo. Pero, la mayoría de las ideas básicas expuestas en este libro provienen de cosas que yo observé u oí por primera vez en otras ciudades. Por ejemplo, la primera sospecha que tuve sobre los poderosos efectos de algunos tipos de mezcolanzas funcionales urbanas me asaltó en Pittsburgh, mis primeras especulaciones sobre la seguridad en la vía pública la hice en Filadelfia y Baltimore, mis primeras nociones sobre lo que son los laberínticos centros de las ciudades las aprendí en Boston, y las primeras lecciones de cómo deshacerse de los barrios bajos de Chicago.

Casi todo el material para todas estas inspiraciones lo tenía delante de mi propia casa, pero es probable que sea más fácil descubrir las cosas allí donde no las ofrecen gratuitamente. La idea básica que me puso en camino de comprender el intrincado orden social y económico existente bajo el aparente desorden de las ciudades no fue en absoluto una idea mía, sino de William Kirk, presidente de la Union Settlement en East Harlem, Nueva York, quien al mostrarme el East Harlem, me enseñó de paso un método para ver otras comunidades de vecinos y, también, otros centros de la ciudad. Posteriormente, he intentado verificar lo que había visto u oído en una ciudad o vecindad en otras, saber en definitiva la utilidad que puedan tener las lecciones aprendidas en una ciudad o un barrio en otros casos especiales.

He centrado mi atención en las ciudades grandes y en sus zonas interiores, porque es precisamente este problema el que más a fondo han eludido las teorías urbanísticas. Creo que esto tendrá mayor utilidad conforme vaya pasando el tiempo, porque muchas de las peores áreas existentes en las ciudades de hoy eran no hace mucho todavía barrios residenciales o arrabales muy dignos y tranquilos; puede darse el caso de que muchas de las nuevas barriadas o semi-barriadas en las afueras de las ciudades estén siendo absorbidas por la ciudad, y que su éxito o fracaso dependa en gran parte de sus posibilidades para adaptarse con éxito a la vida real de un distrito cualquiera dentro de un cosco urbano. Sinceramente, prefiero la densidad de las ciudades y, por consiguiente, me preocupo más por ellas que por las aglomeraciones más pequeñas.

Tengo la esperanza de que ningún lector intentará trasladar mis observaciones literalmente y convertirlas en guías de lo que todavía son ciudades (grandes o pequeñas) o arrabales suburbanos. Arrabales, ciudades satélites, e incluso pequeñas ciudades son unos organismos totalmente diferentes de las grandes ciudades. Comprender lo que son las grandes capitales según el comportamiento de las ciudades pequeñas es un ejercicio que nos crea muchos quebraderos de cabeza. Es fácil, por tanto, suponer la confusión que suscitaríamos si intentáramos comprender las ciudades pequeñas en términos de grandes capitales.

Supongo, igualmente, que los lectores de este libro verificarán lo que yo digo constantemente y con criterio escéptico en función de su propio conocimiento de las capitales y de su comportamiento. Y supongo que, en caso de que yo pague por falta de precisión en mis observaciones o me equivoque en las conclusiones, estas faltas serán rápidamente corregidas. Lo que quiero decir es que necesitamos inaplazablemente aprender y aplicar todos los conocimientos verdaderos y útiles que nos sean posibles sobre las capitales.

Hasta ahora no he hecho otra cosa que observaciones poco favorables sobre la teoría ortodoxa de la urbanización, y seguiré haciéndolo siempre que se me presente la ocasión. Por ahora, estas ideas ortodoxas son parte de nuestro folklore. Nos perjudican precisamente porque las damos por sentados. Para mostrar cómo las adquirimos y lo poco que tienen que ver con las realidades actuales, echaré una rápida ojeada a las ideas más influyentes que han contribuido a conformar las verdades básicas de la moderna ortodoxia sobre urbanización y proyección y diseño arquitectónico de las ciudades.*

La pista más importante de esas influencias comienza, más o menos, en Ebenezer Howard, cronista de corte inglés de vocación urbanista. Howard contempló y examinó las condiciones de vida de los pobres a finales del siglo diecinueve en Londres; es comprensible que no le gustara lo que vio, oyó o intuyó. No solamente odiaba las cosas malas y las faltas de la capital, sino también la capital misma, y pensaba que era un descarrado yerro, un mal y una afrenta a la naturaleza el que hubiera tanta gente apiñada en semejantes condiciones. Su receta para salvar al pueblo consistía en dejar la ciudad como la palma de la mano.

El programa que proponía, en 1898, exigía detener el crecimiento de Londres y proceder a la repoblación de sus zonas rurales, donde los pueblos sufrían ya evidente decadencia, construyendo un nuevo tipo de ciudad (La Ciudad Jardín) en la que el pobre ciudadano pudiera vivir de nuevo de la naturaleza. Para que los individuos pudieran ganarse la vida, Howard proponía instalar las industrias en La Ciudad Jardín, pues aunque el urbanista de vocación no estaba urbanizando capitales, tampoco ciudades dormitorio. Su intención era la creación de pequeños municipios autosuficientes, que verdaderamente podían ser unas ciudades muy bonitas a condición de que todo el mundo fuera buena persona y no se pusiera a inventar planes de su propia cosecha ni pretendiera pasarse la vida entre gente sin planes propios. Como en todas las utopías, los únicos con derecho a presentar planes de alguna relevancia son los urbanistas de oficio. En la mente de su creador, la Ciudad Jardín debía estar rodeada por un cinturón de terrenos dedicados a la agricultura; las industrias debían instalarse en reservas especialmente dispuestas a tal efecto; las escuelas, viviendas y parques en otros solares

* Los lectores que deseen una exposición más completa, una exposición más simpática que la mía, deben acudir a las fuentes, algunas muy interesantes, especialmente: *Garden Cities of Tomorrow*, Ebenezer Howard; *The Culture of Cities*, Lewis Mumford; *Cities in Evolution*, Sir Patrick Abercrombie; *Modern Housing*, Catherine Bauer; *Toward New Towns for America*, Clarence Stein; *Nothing Gained by Overcrowding*, Sir Raymond Unwin; y *The City of Tomorrow and Its Planning*, Le Corbusier. El mejor compendio breve que conozco es de un grupo de expertos y se titula *Assumptions and Goals of City Planning*, contenidas en *Land-Use Planning, A Casebook on the Use, Misuse and Re-use of Urban Land*, de Charles M. Haar.

idóneos; y en el centro se dispondrían los establecimientos comerciales, los clubs y centros recreativos o culturales, administrados y sostenidos en común. Las autoridades controlarían de manera permanente la ciudad y todo su cinturón rural; vigilarían también el desarrollo de la ciudad para prevenir la especulación o cambios irracionales en la manera de usar la tierra, además para evitar las tentaciones de incrementar su densidad; en resumen, para evitar a toda costa que la ciudad se convirtiera en una ciudad. La cifra máxima de población la fijaba Howard en 30.000 personas.

Nathan Glazer ha resumido así las ideas de Howard en *Architectural Forum*: «Es la imagen de la ciudad rural inglesa, con sus casas solariegas y sus parques substituidos por un centro urbano comunal y algunas factorías ocultas detrás de una pantalla de árboles.»

El equivalente americano más próximo es probablemente el modelo de la *company town*, con participación de beneficios y asociaciones padre-maestro encargadas de la rutina y de la vida política alguacilada. Y es que Howard contemplaba no solamente la posibilidad de un nuevo contexto físico y una nueva vida social, sino también una sociedad política y económica paternalista.

No obstante, como ha puesto de relieve Glazer, Howard concebía la Ciudad Jardín «como una alternativa a la ciudad y una solución de los problemas de ésta; en esto residía, y aún reside, la base de su inmensa influencia como idea urbanística». Howard consiguió que se contruyeran dos ciudades Jardín, Letchworth y Welwyn; después de la segunda guerra mundial Inglaterra y Suecia han construido muchas ciudades-satélite basadas en los principios de la Ciudad Jardín. En Estados Unidos, la barriada suburbana de Radburn, N. J., y la Depression-built, construidas bajo los auspicios del gobierno y rodeadas de zonas rurales eran de hecho modificaciones muy incompletas de la primera idea y en realidad simples arrabales de periferia. Pero la influencia de Howard gracias a la aceptación literal —razonablemente literal— de su programa no fue ni mucho menos la más importante; toda la urbanización americana sufre la influencia de las concepciones de base de la Ciudad Jardín. Y aunque a los urbanistas y proyectistas no les interesa en absoluto la Ciudad Jardín, como tal, siguen todavía dejándose gobernar intelectualmente por los subyacentes principios del urbanista por afición.

Howard tejó toda una madeja de poderosas ideas destruyendo ciudades; a su juicio, la manera de tratar el problema de las capitales y de abordar el de sus funciones y usos consistía en dividir y después examinar las partes en relación con el todo, unas partes representasen funciones o usos simples, y acomodar o arreglar cada una de esas funciones de forma autónoma (pero

no totalmente independiente). Para Howard el problema central residía en la instalación de viviendas sanas; todo lo demás lo consideraba secundario. Más aún, definió lo que es una vivienda sana recurriendo solamente a términos relativos a las cualidades físicas y sociales de las ciudades provincianas. Consideraba el comercio como una actividad rutinaria destinada a poner diversas clases de bienes a disposición de los eventuales consumidores, todo ello de forma perfectamente seriada y dentro de un mercado autolimitado. Según él, una buena urbanización —en general— es una serie de actos estáticos; el plan ha prever lo que es necesario en cada caso, y, una vez elaborado y determinado, ha de evitarse por todos los medios la introducción de cambios. Concebía la urbanización de forma básicamente paternalista, y hasta es posible que autoritaria. No le interesaban aquellos aspectos de la ciudad que no pudieran ser abstraídos y acomodados luego a su utopía. Concretamente, dejó de lado la compleja y multifacética vida cultural de las metrópolis. No le interesaba saber como se las arreglaban las grandes capitales para regirse a sí mismas o intercambiar ideas, operar políticamente o inventar nuevos mecanismos económicos; y, a pesar de todo, Howard ofrecía evidentemente nuevas fórmulas para fortalecer todas estas funciones. Y es que, a fin de cuentas, no tenía la intención de proyectar ni urbanizar en modo alguno para este tipo de vida.

En sus atenciones y preocupaciones, al igual que en sus emisiones, Howard discurría dentro del ámbito de la lógica propiamente dicha, y no en términos urbanísticos. La urbanística moderna es, virtualmente, una adaptación de esa inocente y simple idea básica, aunque una adaptación barroca y llena de perifoneos.

La influencia de Howard sobre la urbanística americana llegó al tema de las capitales convergiendo desde dos direcciones distintas: de los urbanistas regionales y de ciudades por una parte, y de los arquitectos por otra. Moviéndose por la amplia avenida del urbanismo en general, Sir Patrick Geddes, biólogo y filósofo escocés, contempló la idea de la Ciudad Jardín no como un simple recurso para absorber el aumento de población propio de una gran capital, sino como el punto de partida de un modelo mucho mayor y global. Según él, la solución de los problemas urbanísticos de las ciudades residía en la urbanización global de regiones enteras. Sobre la base de una urbanización de tipo regional, las ciudades-jardín podían distribuirse de manera racional por todo el territorio en cuestión y de acuerdo con sus recursos naturales buscando el equilibrio con la explotación de los recursos agrícolas y forestales y formando el conjunto un todo lógico y de largo alcance.

Las ideas de Howard y de Geddes fueron adoptadas con entusiasmo en América en la década de los años veinte y desarrolladas más tarde por un grupo de personas extraordinariamente

eficaces y entregadas, entre las cuales citaremos a Lewis Mumford, Clarence Stein, el último Henry Wright y Catherine Bauer. Se consideraban a sí mismos urbanistas regionales, pero recientemente Catherine Bauer los ha llamado el grupo de los «descentristas», nombre que les conviene más, ya que el resultado más elemental y primario de la urbanización o planeación regional, tal y como ellos la entrevieron, sería descentralización de las grandes capitales, la mengua y dispersión de sus empresas y población en capitales más pequeñas y separadas unas de otras, es decir, mejor dicho, en ciudades. Por aquellas fechas parece que la población americana crecía y se repartía de manera desigual; el problema más importante no era el de acomodar una población en rápido crecimiento, sino el más sencillo de redistribuir las aglomeraciones estáticas.

Como había ocurrido con Howard, la influencia de este grupo no se tradujo en una aceptación literal de su programa —cosa que no sucedió en parte alguna—, sino más bien en una cierta manera de abordar y resolver los problemas generales urbanísticos, legislación sobre viviendas y financiación de las mismas. Las viviendas prototipo de Stein y Wright —construidas principalmente en solares periféricos o en las líneas de las capitales— junto con los escritos y diagramas, diseños y fotografías presentados por Mumford y Bauer verificaron y popularizaron ideas (aceptadas religiosamente hoy por la urbanística ortodoxa) tales como: la calle es un pésimo contexto para los seres humanos; las casas debieran volver las espaldas a la calle y dar frente a espacios interiores y veredas, protegidos. Es un derroche la existencia de tantas calles, que sólo sirven en realidad para cebar la especulación del suelo (el valor del cual se mide por el número de pies que dan a la calle). La unidad básica no es la calle, sino el bloque de casas, y mejor aún el superbloque. Debe separarse el comercio de las residencias y espacios verdes. La demanda de bienes de una vecindad debe calcularse «científicamente», a fin de reducir al máximo el espacio destinado al comercio. En el mejor de los casos, la presencia de muchas personas en las proximidades es un mal, y una buena urbanización ha de procurar en todo momento crear aunque sólo sea la sensación de aislamiento y de intimidad (que suelen tener los barrios residenciales). Así mismo, los descentristas sorbían en las premisas de Howard la idea de que una comunidad bien planeada y urbanizada ha de aislarse como si fuera una unidad reservada (autosuficiente) y autónoma, capaz de resistir cambios futuros; finalmente, pensarán que los urbanistas han de controlar desde el comienzo todos los detalles que ofrezcan alguna significación y atenerse después a ellos sin componenda de ninguna clase. En definitiva, que una buena urbanización es, fundamentalmente, la planeación de un conjunto lógico y coherente.

Para hacer hincapié en la necesidad de implantar un nuevo orden de cosas, los descentristas sometieron a sus severas críticas las viejas y perniciosas capitales. Dejaron a un lado los éxitos, eventuales, de las grandes capitales. Se interesaron únicamente por sus fracasos. Al cabo, todo había sido un estrepitoso fracaso. Por ejemplo, el libro de Mumford, *The Culture of Cities*, puede pasar perfectamente por un morboso y parcial catálogo de enfermedades. Designaba a las grandes capitales con los nombres de Megalópolis, Tiranópolis, Necrópolis: una monstruosidad, una tiranía, una carnicería de la vida y sus actividades. Algo espantoso. El centro de Nueva York era un «caos petrificado» (Mumford). La forma y apariencia de las capitales no era más que «un caótico accidente... suma de azares, extravagancias antagónicas de innumerables individuos soberbios y mal aconsejados» (Stein). El centro de las ciudades era un amasijo de «ruidos, escándalo, vividores, *souvenirs* y chillones anuncios de competencia» (Bauer).

¿Cómo podía una cosa semejante hacerse merecedora del más leve esfuerzo de comprensión? Los análisis de los descentristas, los proyectos arquitectónicos compañeros y hasta hijos de esos análisis, los planes nacionales de construcción de viviendas y la legislación sobre financiación de los mismos tan directamente influenciados por esta nueva visión..., nada de esto tenía la menor relación con las ciudades de verdad y su comprensión y menos aún con un remozamiento feliz de las grandes capitales; ellos, desde luego, no tenían intención alguna de acometer estas tareas. Pero todo esto constituía un buen puñado de razones para echar las ciudades por la borda. Los descentristas eran plenamente sinceros a este respecto.

Y, sin embargo, las ideas de los descentristas iban siendo paulatinamente aceptadas por las escuelas de urbanismo y arquitectura, el Congreso, las cámaras legislativas en los estados y los ayuntamientos como guías básicas sobre la mejor manera de abordar positivamente el problema de las grandes capitales. Este es precisamente el aspecto más asombroso de toda esta tristísima historia: que, finalmente, las personas deseosas sinceramente de fortalecer y vigorizar las grandes capitales acabaron adoptando unas recetas que, ostentosamente, minaban su economía y las asestaban el golpe de gracia.

El hombre que tuvo la más dramática idea respecto a la mejor manera en que esta programación urbanística anti-ciudades podía dar lugar a reales y verdaderas ciudadelas de iniquidad y perfidia fue el arquitecto europeo Le Corbusier. En la década de los años veinte proyectó una ciudad imaginaria a la que puso por nombre Ciudad Radiante, no a base de edificios bajos (tan entrañables a los descentristas) sino, principalmente, de rascacielos rodeados de parques.

«Supongan ustedes que entramos en la ciudad por el Parque Grande —escribió Le Corbusier—. Nuestro rápido automóvil toma una pista elevada, sólo para vehículos a motor, entre dos majestuosos rascacielos; conforme nos aproximamos, vemos recortarse sobre el cielo hasta veicuatro rascacielos. A la izquierda y derecha, en los confines de cada área particular, se alzan los edificios municipales y administrativos; abrazando este espacio, los museos y las edificaciones universitarias. Toda la ciudad es un Parque.»

En la ciudad vertical de Le Corbusier los mortales más comunes debían alojarse razón de 1.200 por acre, una densidad urbana prodigiosamente alta en verdad; claro es que también los edificios habían de ser igualmente altos, con lo cual el noventa y cinco por ciento del espacio disponible podía quedar expedito, ocupando los rascacielos el cinco por ciento restante. Los mortales con ingresos y ren a altas podrían vivir, según Le Corbusier, en alojamientos más lujosos, con el ochenta y cinco por ciento del espacio disponible abierto. Aquí y allá, salpicados, Le Corbusier imaginaba tros y restaurantes.

Pero Le Corbusier estaba urbanizando sólo un contexto físico. Programaba también una Utopía social. La Utopía de Le Corbusier era la comión de lo que él llamaba un «maximum» de libertad individual. parecer, no se refería a la libertad de hacer mucho con muchas cosas, sino a la libertad que proviene del ejercicio de un tipo de responsabilidad común a todos. En principio, nadie en su ciudad Radiante había de ser, para siempre jamás, un prójimo coñito y atento ante las eventuales necesidades de otros prójimos. Ya nadie tendría que luchar para sacar adelante sus propios particulares. Nadie iba a encontrar obstáculos a sus propios designios.

Los descentristas y otros abogados de la Ciudad Jardín se quedaron estupefactos de los torreones rodeados de verde preconizados por Le Corbusier. Todavía no han cerrado la boca. Esta reacción era, y sin siendo, semejante a la de un maestro de escuela (una escuela que progresivamente se fuese convirtiendo en jardín de la infancia) al que de repente se confrontaba con un asilo de huérfanos totalmente institucionalizado. Lo curioso, e irónico, es que la Ciudad Radiante procede directamente del esquema primario de la Ciudad Jardín, al menos en lo superficial. Le Corbusier usó ese esquema e intentó aplicarlo a grandes aglomeraciones de población. Describió incluso su Ciudad Radiante como la realización más asequible de la Ciudad Jardín.

«La Ciudad Jardín pasa de ser un fuego fatuo (escribió). La naturaleza desaparece ante el avance de las carreteras y los grupos de viviendas; el cometido aislamiento se convierte en una

multitudinaria aglomeración... La única solución es la "ciudad jardín vertical".»

Por la relativa facilidad con que fue acogida por el público, la Ciudad Radiante de Le Corbusier también, en otro sentido, deudora de la Ciudad Jardín. Los programadores de la Ciudad Jardín y sus seguidores, cada vez más numerosos entre los reformadores de la vivienda, los estudiantes y los arquitectos, se lanzaron a popularizar las ideas del superbloque, de polígono, y sobre la inconveniencia de modificar los planes; muy principalmente, hablaban de hierba; hierba y hierba; más aún, consideraban la introducción de todos estos atributos como los sellos de marca de una programación urbanística humana, socialmente responsable, funcional y de elevado espíritu. Por su parte, Le Corbusier no necesitó justificar su particular visión con apologías humanas o funcionales. El fin último de su punto de vista urbanístico era que cualquier hijo de vecino pudiese hacer cabriolas y retozar a su antojo, y pacer si lo deseaba, sobre amplios y liberales prados verdes. ¿Qué había de reprochable en las proposiciones de Le Corbusier? Los gritos de los descentristas clamando «¡Institucionalización! ¡Mecanización! ¡Despersonalización!» les parecieron a muchos otros irrefrenado sectarismo.

La Ciudad de ensueño de Le Corbusier ha tenido una inmensa influencia sobre nuestras ciudades. Los arquitectos la saludaron hasta el delirio; montañas de proyectos y realizaciones llevan su impronta, desde bloques de viviendas baratas hasta las grandes edificaciones oficiales. Además de llevar superficialmente a la práctica en ciudades de gran densidad los superficiales principios de la Ciudad Jardín, el sueño de Le Corbusier contenía otros prodigios. Intentó integrar en su esquema las necesidades particulares de los automóviles; en 1920 y 1930 esta idea era sin duda muy excitante. En sus proyectos figuraban enormes arterias destinadas al tráfico de vehículos potentes y de dirección única. Eliminó en lo posible las calles porque «los cruces son enemigos acérrimos del tráfico». Propuso calles subterráneas para vehículos pesados y camiones; por supuesto, expulsó a los peatones de las calles y los instaló en los parques, idea que ya habían tenido antes por supuesto los urbanistas de la Ciudad Jardín.

La ciudad de Le Corbusier era algo así como un maravilloso juguete mecánico. Y lo que es más, sus concepciones específicamente arquitectónicas eran de una claridad deslumbrante, de una simplicidad y armonía arrebatadoras. Ordenadas, bien presentadas, fáciles de entender. Cada cosa estaba en su sitio y podía contemplarse sin dificultad, como el relámpago de un buen anuncio.

Esta visión y su audaz simbolismo han actuado de forma irresistible sobre urbanistas, constructores, proyectistas, así como

sobre enfambres de promotores, banqueros y alcaldes. Es algo que atrae terriblemente a los expertos en zonificación, que redactan dictámenes destinados a estimular a los constructores de anti-viviendas para que reflejen, aunque sólo sea una pizca, el sueño de Le Corbusier. No importa que el proyecto sea ordinario y basto, lúgubre y derrochador del espacio abierto, no importa tampoco la mayor o menor torpeza de los primeros planos. El eco de Le Corbusier grita: «¡Mira lo que yo hice!» Es un eco grande y visible que repite incesantemente las hazañas de un alguien... ¡Ah! Pero, al igual que la Ciudad Jardín, ese ego no dice más que mentiras de cómo es en realidad la ciudad real.

Los descentristas nunca hicieron las paces con la visión de Le Corbusier, dada su devoción por el ideal de una vida urbana provinciana y tranquila; pero lo que no hicieron ellos lo han hecho la mayoría de sus discípulos. Es un hecho que todos los proyectistas urbanistas falsificados de hoy combinan las dos concepciones en una cierta variedad de permutaciones. La reconstrucción técnica, conocida indistintamente como "reorganización selectiva", "reordenación espacial", "urbanización de la reordenación" o "conservación urbanizada" —con lo cual se quiere decir que se elude acometer a fondo la total demolición y clarificación de una zona degradada— no es más que una astucia inventada para dejar donde están los edificios viejos y hacer ver que esa área se ha convertido en una versión pasable de la Ciudad Jardín Radiante. Reordenadores, urbanistas de autopistas, legisladores, planificadores de la utilización del suelo y urbanistas de parques y lugares de recreo —ninguno de los cuales vive en un vacío ideológico— utilizan constantemente como puntos fijos de referencia las dos ciudades y poderosas visiones urbanísticas y la muy elaborada y atambicada visión producto del amancebamiento de ambas. Pueden trotar de una visión a otra, establecer compromisos, vulgarizarlas, lo que quieran; pero siempre son sus puntos de partida.

Echaremos un breve vistazo a otra linajada —aunque menos importante— familia de mucha alcurnia en la urbanística ortodoxa. Se inició ésta, aproximadamente, coincidiendo con la gran Columbian Exposition de Chicago, en 1893, precisamente por la misma época en que Howard formulaba sus ideas sobre la Ciudad Jardín. La feria de Chicago acogió de mala manera la nueva y excitante arquitectura que había comenzado a aparecer en la ciudad; como para llevar la contraria, los de la feria insistieron machaconamente en levantar imitaciones retrógradas del estilo renacentista. En el gran solar de la exposición se levantaron uno tras otro grandiosos monumentos a modo de emplastos escarchados sobre una bandeja o de rechonchos preludios de las citadas filas de torreones rodeados de parque de Le Corbusier. Este orgiástico amontonamiento de ricos y monumentales espe-

címenes arquitectónicos capturó la imaginación de urbanistas y público en general. A continuación, se desató un movimiento llamado Ciudad Bella; la urbanización de la exposición corrió a cargo principalmente de un hombre que más tarde se convirtió en el urbanista más destacado de Ciudad Bella, Daniel Burnham de Chicago.

El fin último de Ciudad Bella era la creación de una Ciudad Monumental. Se proyectaron una serie de diseños destinados a servir de base a unos bulevares barrocos que, por fortuna, no prosperaron. Lo único que sacó en limpio el movimiento fue el *centro monumental*, que tomó como modelo la feria. Después, una ciudad tras otra levantaron sus centros urbanos y culturales correspondientes. Estas edificaciones se construyeron a ambos lados en un bulevar, caso del Benjamin Franklin Parkway de Filadelfia, o de una alameda como la de Government Center de Cleveland; otras fueron rodeadas con parques, como el Civic Center de San Luis, o entremezcladas con parques, como el Civic Center de San Francisco. Lo más importante de todo es que estos monumentos quedaron totalmente separados del resto de la ciudad y agrupados de manera que causaran el mayor efecto posible, pues los urbanistas habían trazado el conjunto como si fuera una unidad, de una manera bien definida y distinta.

La gente estaba orgullosa de ellos, pero estos centros no fueron precisamente un éxito. Por lo demás el resto de la ciudad, o sea la ciudad ordinaria, quedaba agobiada en vez de aliviada; estos centros adquirían invariablemente un incongruente festón de soliviantados mentideros, ropavejerías de enésima mano que les daban un aspecto de indescriptible y desvalda decadencia. Naturalmente, los ciudadanos se mantenían a prudente distancia de estos lugares en una proporción muy notable. Por otra parte, cuando la feria pasó a ser una parte de la ciudad, había dejado de ser por completo una feria.

La arquitectura de Ciudad Bella no tenían nada que ver con ninguna clase de estilo. Ahora bien, ni siquiera se discutía, la idea que había dado lugar a los centros, y hoy precisamente es cuando más fuerza tiene; la idea de aislar determinadas funciones públicas y culturales y eliminar de su sistema de interconexiones las actividades cotidianas de la ciudad encajaba perfectamente con las enseñanzas de la Ciudad Jardín. Las concepciones se fundieron armoniosamente —como se habían fundido la Ciudad Jardín y la Ciudad Radiante— en una especie de Ciudad Jardín Radiante y Bella, por ejemplo la inmensa Lincoln Square de Nueva York, en donde podemos ver un monumental centro cultural del tipo Ciudad Bella solitario en medio de toda una serie de vecinas viviendas, tiendas y terrenos escolares del tipo Ciudad Radiante y Ciudad Jardín Radiante.

Por analogía, los principios de redistribución por sectores de

actividad —así como los de ordenación del conjunto mediante represión de todos los planes que no sean los de los urbanistas— se han ido extendiendo a toda clase de actividades ciudadanas, hasta el pto de que, en la actualidad, un plan general de reordenación espacial de una gran capital tiene siempre como principal objivo separar, aislar y descontaminar todo tipo de emplazamientos y actividades, muchas veces teniendo sólo en cuenta el problema de los transportes. X

Desde el principio hasta el fin, desde Howard y Burnham hasta las más recientes enmiendas a las leyes de reordenación urbana, toda la trama de la tragedia no tiene nada que ver con la manera de ser y funcionar las ciudades en la vida real.

Abandonadas, ignoradas, y menos aún respetadas, las ciudades han sido de víctimas propiciatorias.

Primera parte

LA PECULIAR NATURALEZA DE LAS CIUDADES

4.00
1.500
3500
5000